

En el desarrollo del texto se muestra cómo los «clientes», ajenos a la polémica entre las instancias religiosas, se mueven con autonomía, buscando lo que necesitan y armonizando creencias, que desde los estamentos eclesiásticos que auspician el poder, resultarían contradictorias.

Ubicando el culto umbandista en el contexto en el que se inserta, –la sociedad brasileña–, los autores hacen también un repaso sobre la historia reciente del culto, específicamente en lo referido a algunos de los recursos utilizados para «deslegitimarlo» y extenderle, previo exterminio, el certificado de defunción. Hostigamiento que han sufrido también todas las tradiciones afrobrasileñas, pero que ha afectado de forma particular a la umbanda. Este repaso aborda con lucidez sensorial la historia más reciente de la intolerancia religiosa en el Brasil, y muestra la tenacidad, la actitud beligerante del culto frente al mandato de la sumisión, y lucha de los sectores subalternos por preservar el poder que les otorga el margen.

A pesar de todo, umbanda existe, «Existe en la incansable porfía de existir a pesar de todos los fracasos, de todo estigma, de todos los escollos. Pero más que nada existe porque tiene una identidad propia que hace que diga y elabore de una manera específica algo que no es dicho ni elaborado en ningún otro lado de la cultura brasileña».

En *Umbanda, el poder del margen*, Fernando Giobellina y Elda González reflexionan sobre Umbanda, y al tiempo nos ayudan a comprender el entramado complejo de creencias, religiones y cultos que coexisten y comparten adeptos, en una de las plataformas por excelencia del ecumenismo, el pluralismo étnico y el sincretismo religioso.

**Aída Bueno Sarduy**

## Nuevo acceso a Julián del Casal

Los lectores españoles, y posiblemente de otros muchos países, contamos, por fin, con una edición de la obra de Julián del Casal fácilmente accesible en el mercado<sup>1</sup>. Realizada por Álvaro Salvador, nos ofrece la poesía completa del escritor cubano (1863-1893), incluidos los poemas no recogidos en libro, así como una selección de sus crónicas, cuentos y poemas en prosa. La introducción

<sup>1</sup> *Julián del Casal, Poesía completa y prosa selecta, edición a cargo de Álvaro Salvador, Madrid, Verbum, 2001, 401 pp.*

de Salvador es breve, pero bastante definitoria del ánimo contradictorio que engendra toda la escritura de Casal, y muy consistente en el reconocimiento de su actitud literaria modernista y moderna. Asimismo, al reunir toda la poesía, traspasada por una honda intensidad emocional y dramática, junto con una parte muy representativa de su prosa, donde vemos al escritor definir a sí mismo y a su mundo con la explicitud y exhaustividad que son naturales de la prosa, la imagen de Casal, de por sí misteriosa y siempre quebradiza, queda suficientemente iluminada a los ojos del lector, al menos hasta donde esto es posible.

Releyendo esta obra, me sorprende de nuevo la capacidad que tuvo este joven poeta —que apenas vivió treinta años— para sintetizar una amplísima gama de tendencias literarias en una voz gravemente personal e inquietante. Su poesía recoge las sutilezas verbales e imaginarias del gongorismo, la fuerza dramática de la escenificación y de los diálogos poéticos de Zorrilla, la misteriosa sugerencia del Bécquer más confidencial, la desafiante sensualidad de los parnasianos franceses, así como la trascendente significación del símbolo lograda por Baudelaire y Verlaine, entre otras muchas influencias que exceden el campo de la literatura y se trasladan con frecuencia a la pintura y a la música. Con todos estos ingredientes Casal nos ofrece una lírica muy

coherente e intensa en casi todos los momentos. A él debemos, mucho más que a su admirado Bécquer, la construcción en la poesía hispánica de un yo poético confesional que destierra magistralmente el confesionalismo y el impudor románticos. Detrás de casi todos sus poemas, y a diferencia de la fría emoción de los parnasianos, descubrimos el drama existencial de una persona concreta que nos habla con una pretendida y muy lograda sinceridad, a pesar del enmascaramiento de los demás personajes bajo sofisticadas formas culturalistas. Tal sinceridad nos aproxima a la coherencia y a la intimidad del yo poético de Antonio Machado en las *Soleidades* y en los demás grandes momentos de su obra. Hay en Casal, como en Machado, un deseo cumplido por proferir su verso armonioso en un lenguaje que, a la vez, suena natural y sencillo, a pesar de toda la simbología y la sensorialidad (en Casal muchas veces es sensualidad ansiosa) con que esa voz canta su melodía íntima. Casal llegó a este registro confidencial antes que Darío, mucho más orquestal y solemne hasta *Cantos de vida y esperanza*; y lo admirable es que ese registro íntimo fue una de las herencias más ricas y perdurables del modernismo poético. Casal habla constantemente de sí, de su ansiedad de Dios (que es más Belleza que Bien) en un mundo chato e impasible, pero siempre objetiva su

emoción en imágenes de la naturaleza y del arte, las cuales otorgan a su autobiografía poética una significación universal, mucho más amplia y permanente que la del simple recuento de sus avatares cotidianos, siempre misteriosos y ocultos en su obra. Y ésta fue una de sus grandes lecciones para la poesía moderna venidera. Entre otros muchos ejemplos, leamos el soneto «En el mar», de su primer libro, *Hojas al viento* (1890). Después de una descripción preciosista de un mar soleado y de un velero en el que viaja el yo poético sin rumbo fijo, éste último, en los tercetos finales, nos interpela con su lacerante duda íntima e irresoluble: «¿Volveré? ¿Quién lo sabe! Me acompaña / Por el largo sendero recorrido / La muda soledad del frío polo. // ¿Qué me importa vivir en tierra extraña / O en la patria feliz en que he nacido, / Si en cualquier parte he de encontrarme solo?» (pp. 72-73). La armonía del verso no impide que fluya con espontánea oralidad la duda del poeta. Algo semejante ocurre en uno de los poemas más cosmopolitas y exotistas que se escribieron en el modernismo, «Nostalgias», de su libro *Nieve* (1892), que termina renunciando, con abierta franqueza y grave desconsuelo, a los infinitos viajes deseados: «Mas no parto. Si partiera / Al instante yo quisiera / Regresar. / ¡Ay! ¿Cuándo querrá el destino / Que yo pueda en mi camino / Reposar?» (p. 164).

El despliegue de la música, del colorido y de la sensualidad de los cuerpos rara vez ahoga la vibración de su estremecimiento más íntimo. Léase a este efecto, por ejemplo, el excelente poema «Páginas de vida», de *Bustos y rimas* (1893), donde Casal retrata genialmente los espíritus distintos y complementarios de Darío y de sí propio. En este poema, por cierto, se encuentra una errata que puede confundir la lectura, en el verso que debería decir «¡Salvadora creencia mi ánimo salva!» (p. 205).

Hay un Casal —a veces difícilmente separable de éste que admiro— donde el virtuosismo gongorino, desplegado en una profusión de imágenes y en bruscos hipérbatos sin especial significación, nos impide escuchar la angustia y la ansiedad de su fino espíritu (algunos fragmentos de «Las oceánidas» o el «Sueño de gloria», de *Nieve*, entre otros); pero son, por fortuna, ocasiones menos frecuentes.

La prosa nos muestra a un poeta que elevó el periodismo a la categoría de la más expresiva prosa literaria. A través de su mirada por los ámbitos culturales y laborales de la vida habanera de su época, Casal siempre se proyecta a sí mismo y nos enseña, sin falsas erudiciones, la sabiduría vital, literaria y artística propia del que estuvo atento a todas las novedades de su época y supo discernir entre el grano y la paja. Tanto en sus crónicas como en sus cuentos aparecen casi todos los

mitos propios del modernismo (la mujer prerrafaelita, la mujer fatal, la figura del andrógino, la neurosis, las conductas decadentes...), en un lenguaje impresionista sumamente creativo.

La lectura de este volumen nos muestra todas las facetas de un escritor coherente en su actitud espiritual y estética, aunque dotado de una extraña virtud para la síntesis y la sublimación de los más diversos materiales.

**Carlos Javier Morales**

## La atención heredada\*

El legado que recibimos es siempre un cofre vacío. Un cofre que pide ser llenado porque el único que guarda es el deseo. Es como si al nacer alguien nos dijera: adelante, procúrense las cosas que quieran a través de los medios que tengan, pero al cabo de un tiempo entenderán que también la falta es vuestra compañera, y que el deseo es engañoso por ser imaginario y por ser deseoso.

*El encargo*, de Esperanza López Parada, es un libro que habla de una

herencia y también de un empeño. López Parada insiste en algo como esto: se nos entrega el reino de lo posible, pero no el reino. Y sólo heredamos una cosa: la premura de construir nuestra propia herencia. *Nel mezzo del camin*, el terrible balance de lo conseguido arroja cifras rojas. Entonces estamos en deuda y somos morosos con nosotros mismos. Nuestros sueños, nuestros deseos han quedado a medio camino, sin respuesta. El pago de lo que nos debemos lo postergamos hasta el extremo de hacer balances despiadados: «Lo que no se cumplió y lo que no se tuvo», viene a ser el resultado ofrecido.

Vista así, la vida es una operación estéril y desestimable, un fracaso, vamos. Los años pasan, los meses pasan y todo pasa y no vuelve y nos quedamos con la inadvertencia y lo que se escabulle. El tiempo juega –parece decirnos López Parada– en el equipo contrario y se lo lleva todo y siempre nos gana. El tiempo no fija nada y «la vida que de verdad se vive», es decir, la de la experiencia, apenas nos roza durante instantes que el olvido rápidamente devora. Ante esta terrible ósmosis vital sólo una cosa parece otorgar un sentido y un espacio: el dolor.

«Con su crudeza el dolor nos despierta y nos fija»

Pero este dolor no sólo es aflicción y pena, también es desafío.

\* El encargo, Esperanza López Parada, *Pre-textos*, Valencia, 2001.